MARINO

SOBRE LA FELICIDAD

SOL INVICTO

MARINO

SOBRE LA FELICIDAD

Ediciones Sol Invicto

Traducción de Sol Invicto basada en las traducciones inglesas de Thomas Taylor (1788) y Kenneth Sylvan Guthrie (1925).

Primera edición: 22/08/2024

Segunda edición: 29/09/2024

Mail: solinvicto@tutanota.com

PRÓLOGO

Por Thomas Taylor

Marino, el autor de la siguiente vida, fue discípulo de Proclo y su sucesor en la escuela ateniense. Sus escritos filosóficos no fueron muy numerosos y solo se conservan un comentario atribuido a él sobre los datos de Euclides y dos textos astronómicos, pero su obra más célebre parece haber sido la presente vida de su maestro. En efecto, es elegante y concisa, y puede considerarse como una feliz muestra de biografía filosófica. Toda mente liberal debe sentirse encantada y elevada por la grandeza y sublimidad del carácter con que se nos presenta a Proclo. Si se le compara con los héroes filosóficos modernos, él aparece como un ser de un orden superior; y recordamos con pesar el glorioso periodo, tan bien calculado para el crecimiento del genio filosófico, y el estímulo del mérito exaltado. No encontramos en su vida rastros de las debilidades comunes de la humanidad depravada, ni casos de mezquindad o inestabilidad de conducta, sino que es uniformemente magnífico y constantemente bueno. Sé muy bien que esta descripción de él será considerada por muchos como muy exagerada, como el resultado de un entusiasmo débil, de una superstición ciega o de un burdo engaño; pero ésta nunca será la persuasión de aquellos que conocen por experiencia la elevación de la mente y la pureza de vida que la filosofía platónica es capaz de procurar, y que comprenden verdaderamente las verdades divinas contenidas en sus obras. Y el testimonio de la multitud, que mide el mérito de los caracteres de otros hombres por la bajeza de los suyos, no es ciertamente digno de consideración.

SOBRE LA FELICIDAD

1. Cuando considero la magnitud de la mente y la dignidad del carácter de Proclo, nuestro filósofo contemporáneo, y atiendo a los requisitos y al poder de composición que deberían poseer aquellos que emprendan una descripción de su vida; y, por último, cuando considero mi propia pobreza de dicción, me inclino a creer que es más apropiado abstenerse de tal empresa, no saltar por encima del foso —como dice el proverbio— y declinar un discurso envuelto en tanta dificultad y peligro.

Pero mis escrúpulos disminuyen algo cuando considero, por otra parte, que incluso en los templos, los que se acercan a los altares no sacrifican todos por igual. Algunos pretenden mostrarse dignos de participar con los dioses ofreciendo toros y machos cabríos y otras cosas semejantes, como no indignas de la beneficencia de los dioses a quienes pertenecen esos altares; asimismo hay quienes componen himnos, algunos de los cuales son más elegantes en verso, otros en prosa; mientras que algunos, que están desprovistos de todos esos dones, y sacrifican con nada más quizás que una torta y una pequeña cantidad de pan, con incienso, y que terminan sus invocaciones con una breve alocución a la divinidad particular que adoran, no son por eso menos escuchados que otros. Movido por estas reflexiones, y además de temer «fallarle a los dioses», como dice el Íbico[1], a temer fallarle aquí a este gran sabio; y obtener así la alabanza de los hombres; por todas estas razones, he decidido que era para mí una obligación relatar por escrito algunos detalles de las ilustres y numerosas cualidades que este filósofo ejemplificó en su vida, ya que son casi infinitas, y relatarlas en toda su verdad.

[1] Platón en el *Fedro.*

Porque no creo que sea lícito que yo, que fui uno de sus amigos, guarde silencio sobre su vida y no relate, según mis posibilidades, los detalles verídicos que le conciernen y que tal vez deberían publicarse antes que otros; y aunque incluso entre los hombres en general podría ser incomprendido, si no hubiera emprendido esta tarea podrían creer que me abstuve no por modestia, sino por pereza, o por alguna enfermedad más espantosa del alma.

2. Comenzaré, pues, no a la manera habitual de los escritores, que acostumbran a distribuir sus discursos en capítulos, sino que considero que la felicidad de este bendito hombre debería, con la mayor propiedad, ser el fundamento de este tratado. Porque creo que ha sido el más feliz de todos los hombres cuya felicidad ha sido celebrada en épocas pasadas. No estoy hablando solo de la felicidad de la sabiduría, aunque él la poseía en el grado más alto de todos los hombres; ni porque tuviera todas las ventajas físicas que permiten el disfrute de la vida; ni de la felicidad de Fortuna que la mayoría de la gente aprecia, y con la que el azar favoreció a Proclo de manera inusual, ya que disponía de recursos inusualmente grandes, sino que me refiero a una completa y perfecta felicidad, a la que no le faltaba absolutamente nada, y que combinaba cada una de las condiciones de la felicidad precedentes.

3. Si podemos clasificar[2] en primer lugar las virtudes en físicas, morales y políticas, y también en aquellas de rango más sublime, la purificación y la contemplación, y que por tanto se llaman teoréticas, y también las denominadas teúrgicas, por las que adquirimos una semejanza con alguna divinidad en particular; pero omitiendo las que son superiores, por ser sobrehumanas, comenzaremos por las que son más naturales, y que son las primeras en las progresiones del alma humana, aunque no las primeras en la naturaleza de las cosas.

Este hombre bendito, cuyo elogio es el tema de este tratado, poseía naturalmente, desde su nacimiento, todas las virtudes físicas que corresponden a la suerte de la humanidad; lo que se veía claramente en su envoltura exterior, que llevamos como la ostra su concha. En primer lugar, poseía una extrema delicadeza de los sentidos, que puede llamarse

[2] Para una exposición completa de la distribución de las virtudes según los platónicos, consúltense las *Sentencias* de Porfirio y los *Prolegómenos* de Fabricio a esta obra.

prudencia corporal, y esto era particularmente evidente en los sentidos más nobles, la vista y el oído, que fueron dados por los dioses al hombre para que pudiera filosofar y disfrutar de la dulzura del bienestar; y que permanecieron intactos en este hombre divino durante toda su vida.

En segundo lugar, poseía una constitución robusta, que resistía los extremos del calor y del frío, y que no se veía afectada por las irregularidades, por su negligencia en la comida, por el exceso de trabajo de día y de noche, cuando estaba ocupado en las oraciones, hojeando libros científicos, escribiendo, conversando familiarmente con sus amigos, y todo eso tan continuamente como si cada uno fuera su única ocupación. Un poder de este tipo puede ser llamado con propiedad fortaleza corporal, por la singular fuerza empleada en tales esfuerzos.

La tercera virtud corporal de la que estaba dotado era la belleza, que, al compararla con la templanza, los autores de estos apelativos la han considerado muy apropiadamente poseedora de una similitud de naturaleza. Pues, así como la primera consiste en la armonía y mutuo acuerdo de las facultades del alma, así la belleza corporal se entiende como una cierta simetría de sus partes orgánicas. Su aspecto era de lo más agradable, pues no sólo poseía la belleza de las proporciones justas, sino que de su alma irradiaba una cierta luz viva, o eflorescencia milagrosa que brillaba sobre todo su cuerpo, un esplendor demasiado maravilloso para que el lenguaje pueda explicarlo. Era tan bello que ningún pintor fue capaz de captar su semejanza, y todos los retratos de él que circulan, por muy finos que sean, siguen estando muy lejos de la belleza del original.

Su cuarta virtud corporal era la salud, que a menudo se compara con la justicia en el alma. En realidad, ambas son bastante análogas, ya que la justicia es un hábito del alma que impide los trastornos de las partes del alma, mientras que la salud fomenta el orden y el acuerdo mutuo entre los elementos del cuerpo. Esta es precisamente la definición dada por los médicos Asclepíades. Tan profundamente había estado arraigada esta salud en Proclo desde su nacimiento, que afirmaba no haber estado enfermo más de dos o tres veces, en el curso de una vida tan larga como setenta y cinco años. De hecho, tan cierto es esto que durante su última enfermedad no reconoció sus síntomas, pues rara vez los había sentido.

4. Tales eran, pues, los bienes corporales que Proclo poseía, y que pueden llamarse los precursores, y por así decirlo mensajeros, de aquellas formas en que hemos distribuido la virtud perfecta. Pero los primeros poderes y progenie de su alma, que poseía de manera innata, sin necesidad de aprenderlos, y aquellas partes de la virtud con las que estaba adornado, y que Platón considera los elementos de una naturaleza filosófica[3], deben excitar el asombro de cualquiera que aprecie lo desarrollados que estaban.

La suya era una gran memoria e ingenio, una inteligencia apta para toda clase de estudios; era liberal, afable, cariñoso y fraternal con la verdad, la justicia, el valor y la templanza; su amor por la verdad era tan grande, que nunca había dicho voluntariamente una mentira, sino que odiaba vehementemente la falsedad. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un hombre que iba a alcanzar la presencia del Verdadero Ser? En efecto, es necesario que quien persiga la verdad, con tanta seriedad y sinceridad, sea extremadamente deseoso de ella desde su infancia, puesto que la verdad es la fuente de todo bien, tanto para los dioses como para los hombres. Su profundo desprecio por la sensualidad y su inclinación a la templanza quedaban bien ilustrados por su extremo ardor y su abrumadora inclinación hacia la ciencia, y de todo tipo de estudios, que no permiten ni siquiera un primer acercamiento a los placeres de la vida grosera y animal, y que, por el contrario, tienen el poder de excitar el alma con las alegrías puras y sinceras de sus propias operaciones internas.

El amor al lucro era totalmente ajeno a Proclo, hasta el punto de que, desde niño, descuidó el cuidado de la fortuna que le dejaron sus padres, que eran muy ricos, por su amor apasionado a la filosofía. Por lo tanto, era totalmente ajeno al latrocinio y a las mezquindades, estando su alma siempre dirigida hacia lo universal y total en las cosas divinas y humanas. Desde tal disposición del alma racional, habiendo adquirido verdadera grandeza de miras, consideraba la vida humana como sin importancia, y, a diferencia de la multitud, no veía nada terrible en la muerte. No sentía miedo de las cosas que parecen tan terribles a los hombres en general, y su disposición no era menos que valiente.

[3] Ver el sexto libro de la *República,* y el *Epinomis.*

A partir de todas estas virtudes, creo que debe ser evidente que amaba la justicia desde niño: honorable y gentil, nunca malhumorado o difícil en el trato diario, nunca injusto; modesto, no codicioso, nunca aprovechado, tan ajeno a la arrogancia como a la timidez.

5. Para quienes nunca le conocieron personalmente, es bueno destacar que su mente era abierta, su inteligencia fructífera, sus conocimientos profundos, sus ideas, que producía y publicaba, novedosas, y que sólo él parecía no haber bebido nunca de la poción del Leteo [del Olvido]. Su poderosa memoria nunca traicionó ni con la menor vacilación; siempre fue dueño de sí mismo, y no tenía otro negocio que la ciencia. Su talante se oponía a la grosería y a la descortesía; su gusto era siempre selectivo y el mejor en todo, y su cortesía y afabilidad tanto en las reuniones mundanas como en los banquetes religiosos y en todos los actos de la vida, sin menoscabo alguno de su dignidad, cautivaban a sus interlocutores, de modo que siempre les dejaba en mejor disposición anímica que cuando le habían conocido.

6. Tales fueron las cualidades físicas y mentales que recibió de su madre Marcela, esposa legítima de Patricio, ambos del país licio, nobles y muy virtuosos. Al nacer fue acogido por la diosa bizantina Polioucos[4] [Atenea], que por así decirlo asistió a su madre en el parto[5]. Ella podría considerarse la causa de su vida, porque nació en la ciudad que ella protege y salva; y quien, cuando alcanzó la infancia y la juventud, le hizo vivir bien, pues se le apareció en sueños induciéndole a seguir la filosofía. Así fue como comenzó una estrecha intimidad con la diosa, de modo que le sacrificaba especialmente y practicaba sus preceptos con el mayor entusiasmo. Poco después de su nacimiento, sus padres lo trasladaron a su patria, a Janto, una ciudad consagrada a Apolo, y no puedo dejar de pensar que esta ciudad se

[4] πολιοῦχος, «que protege la ciudad».

[5] Fabricio nos informa de que el Olimpiodoro platónico, en su MS. *Comentario al Alcibíades de Platón,* divide los órdenes de los dioses en ὑπερκόσμιοι, o supramundanos, que están separados de toda conexión con el cuerpo; y en ἐγκόσμιοι, o mundanos. Y que de éstos, unos son οὐράνιοι, o celestiales, otros αἰθέριοι, o etéreos, o πύριοι, ardientes, otros ἀέριοι, o aéreos, otros ἔνυδροι, o acuosos, otros χθόνιοι, o terrestres; y otros ὑποταρτάριοι, o subterráneos. Pero entre los terrestres, unos son κλιματάρχαι, o gobernadores de climas, otros πολιοῦχοι, o gobernantes de ciudades, y otros por último κατοικίδιοι, o gobernadores de casas.

convirtió en su patria por una cierta providencia divina, porque no parece más que apropiado que un hombre que iba a convertirse en el príncipe de todas las ciencias se criara y creciera bajo la influencia del divino Líder de las Musas. La excelente educación que recibió allí le permitió adquirir las virtudes morales y acostumbrarse a amar lo que el deber manda y a evitar lo contrario.

7. Fue entonces cuando se hizo más evidente el gran favor de los dioses del que había gozado desde su nacimiento. Un día padecía una grave enfermedad y se le daba por perdido cuando sobre su lecho apareció un niño, un muchacho sumamente hermoso que, incluso antes de anunciar su nombre, fue fácilmente reconocido como Telesforo[6]. El dios, inclinado sobre la almohada, anunció su nombre y tocó la cabeza de Proclo, curándole de su enfermedad, y luego desapareció repentinamente. Tal fue la visión divina[7] que atestiguaba el favor de los dioses al joven.

8. Por un muy breve tiempo asistió a una escuela de gramática en Licia, y luego viajó a la Alejandría egipcia, ya profundamente imbuido de las cualidades morales que encantaban a los maestros a los que asistía. El retórico isáurico Leonas, el más célebre entre sus colegas, no sólo lo admitió en sus cursos, sino que lo invitó a convertirse en su huésped[8], lo admitió en la intimidad con su esposa y sus hijos, como si hubiera sido su propio hijo. Presentó al joven a los magistrados que gobernaban Egipto, quienes lo recibieron entre sus amigos más íntimos, encantados con la vivacidad mental natural del joven y con sus modales, distinción y dignidad. Frecuentó la escuela del gramático Orión, descendiente de una antigua casta sacerdotal egipcia, tan erudito en la práctica de su arte que él mismo compuso obras

---

[6] Telesforo (en griego: Τελεσφόρος: Telesphoros) era un niño-dios menor de la curación. Era un posible hijo de Asclepio y con frecuencia acompañaba a su hermana Higía. Simbolizaba la recuperación de la enfermedad, ya que su nombre significa en griego «el que trae la realización» o «el que lleva a término». Sus representaciones se encuentran principalmente en Anatolia y a lo largo del Danubio.

[7] Se puede permitir que las visiones divinas y las circunstancias extraordinarias sucedan a genios tan exaltados como Proclo, pero merecen el ridículo cuando se atribuyen al vulgo.

[8] Qué tiempos tan gloriosos aquellos en los que se consideraba una circunstancia extraordinaria que un profesor de retórica tratara como un doméstico a un alumno noble y rico. Cuando los comparamos con el presente, sólo podemos exclamar*: ¡Oh tempora! ¡Oh mores!* La filosofía se hundió en las ruinas de las antiguas Grecia y Roma.

muy útiles para la posteridad. También asistió a las lecciones de los maestros romanos, y rápidamente hizo grandes progresos en su programa de estudios; pues al principio se propuso seguir la carrera jurídica de su padre, con la que se había hecho ilustre en la capital. Siendo aún solo un joven, se aficionó a la retórica, pues aún no conocía los estudios filosóficos. En retórica llegó incluso a ser célebre, captando la admiración de sus condiscípulos y de sus profesores por su fina fluidez de lenguaje, por su facilidad para asimilar este arte y por parecer un maestro más que un alumno tanto por su destreza como por su diplomacia.

9. Todavía estaba estudiando en la escuela retórica cuando Leonas le invitó a compartir su viaje a Bizancio, que emprendió con el propósito de complacer a su amigo Teodoro, que era entonces prefecto de Alejandría, y que era un hombre educado y magnífico, y un amante de la filosofía. El joven acompañó a su maestro con mucho gusto, para no verse obligado a interrumpir sus estudios. Pero, después de todo, esto fue sumamente providencial, ya que le devolvió a la influencia de la diosa que había sido la causa de su nacimiento [Atenea]. Pues, a su regreso, su diosa tutelar le exhortó a la filosofía y a asistir a las escuelas atenienses. Habiendo regresado primero a Alejandría, y habiendo dicho adiós a la retórica y a las otras artes que había estudiado anteriormente, se entregó a los discursos de los filósofos que entonces residían en Alejandría. Para comenzar su estudio de la filosofía de Aristóteles asistió a la instrucción de Olimpiodoro el Viejo, cuya reputación era de lo más ilustre. Para las matemáticas se confió a Herón, persona muy piadosa, que poseía y practicaba los mejores métodos de su campo. Estos maestros quedaron tan encantados con las virtudes del joven, que Olimpiodoro deseaba que se desposara con su hija, a la que había tenido cuidado de instruir en la filosofía; y Herón no dudó en iniciarle en todas sus ideas sobre la religión, y en hacerle su compañero constante.

Ahora bien, parece que Olimpiodoro poseía tal don de la palabra, que a causa de la celeridad de su discurso y de la gravedad de sus temas, sólo era comprendido por unos pocos de sus oyentes. Un día, al final de la lectura, Proclo repitió toda la lección a sus compañeros, palabra por palabra, de memoria. Había sido muy larga, pero Proclo no se perdió nada, según me ha informado otro de los oyentes, Ulpiano de Gaza, que también había dedicado toda su vida a la filosofía.

Proclo también entendió fácilmente los tratados de lógica de Aristóteles, en la primera lectura, aunque su mera lectura es difícil para quienes se dedican a ello.

Después de haber estudiado con los maestros de Alejandría, y de haber aprovechado sus lecciones según su talento y ciencia, le pareció un día, al leer un autor con su maestro, que la explicación que éste había dado del pasaje no había representado el sentido del autor. Así que miró a estas escuelas con desdén, y recordando al mismo tiempo la visión divina que le había visitado en Bizancio, y el mandato que le había traído, se embarcó para Atenas, bajo la escolta de todos los dioses y buenos démones que presiden sobre la filosofía y la elocuencia. Para que pudiera preservar la genuina e íntegra sucesión de Platón[9], fue traído por los dioses a la ciudad guardiana de la filosofía. Así lo demostraban claramente las circunstancias de su llegada y los símbolos realmente divinos que pronosticaban claramente la función que iba a heredar de su padre[10] y la elección que, un día, le llamaría a la dirección y administración de la Escuela.

10. Pues al desembarcar en el Pireo, y tan pronto como su llegada se hizo pública en Atenas, Nikólaos, que más tarde llegaría a ser tan famoso como retórico, y que en ese momento estaba realizando sus estudios aquí, llegó al puerto para darle la bienvenida y ofrecerle hospitalidad, ya que lo conocía personalmente y era su coterráneo de Licia. Así que Nikólaos lo condujo a la ciudad; pero en el camino, habiendo llegado al monumento a Sócrates, Proclo se sintió cansado de caminar. Ahora bien, él no sabía, y nunca había oído decir que allí existiera un lugar sagrado a Sócrates. Sin embargo, rogó a Nikólaos que se detuviera allí un momento para poder sentarse a descansar, y le pidió que le trajera un poco de agua, de cualquier lugar, pues, dijo, «me muero de sed». Nikólaos, muy ansioso, hizo que le trajeran un poco, no de cualquier lugar casual, sino del propio santuario consagrado, pues el manantial de la Columna de Sócrates no estaba lejos. Pero, mientras Proclo bebía, Nikólaos vio de pronto en ello un símbolo, y le dijo que estaba descansando en un lugar consagrado a Sócrates, y que el agua que había

[9] De ahí que Proclo fuera llamado, a modo de eminencia, *διάδοχος Πλατωνικός,* o el Sucesor Platónico.

[10] Su «padre» podría ser el dios Apolo (T. Taylor), o su mentor Siriano, que le precedió en la sucesión platónica.

bebido, la primera agua ática que había probado, procedía de esta fuente. Entonces Proclo se levantó y, antes de proseguir, elevó una plegaria.

Cuando llegó a la puerta fortificada, en la entrada se encontró con el portero, que ya se disponía a introducir sus llaves en la cerradura, y de hecho le dijo a Proclo: «¡De verdad, si no hubieras llegado, habría cerrado!» ¿Podría haber habido un presagio más claro, y cuya interpretación no necesitara ni un Polites, ni un Melampo, ni ningún otro?[11]

11. Aunque fue invitado ansiosamente por los maestros de la retórica, como si hubiera venido con este mismo propósito, despreció las teorías y métodos oratorios, y se reunió con el príncipe de los filósofos Siriano[12], hijo de Filoxeno, en cuya compañía de estudios estaba presente Lácares, profundamente versado en las doctrinas de los filósofos, y que en aquella época era un asiduo auditor del filósofo, aunque su arte en la elocuencia suscitaba tanta admiración como la de Homero en la poesía. Pero era ya el crepúsculo de la tarde, y mientras conversaban entre sí, el sol se puso, y la luna hizo su primera aparición después de su cambio. Para poder adorar a la diosa a solas y sin prisas, intentaron despedir al joven, que para ellos era un extraño. Pero él, sin haber ido muy lejos, vio aparecer también a la luna desde la misma casa, y, despojándose de sus sandalias, saludó a la diosa en su presencia. Sorprendido por la confianza del joven, Lácares dijo entonces a Siriano esta admirable expresión de Platón[13] sobre los genios: «He aquí un hombre que producirá un gran bien, o su contrario». Tales son los presagios —por citar sólo algunos— que los dioses enviaron a nuestro filósofo nada más al llegar a Atenas.

12. Al acogerlo en su casa, Siriano lo presentó al gran Plutarco, hijo de Nestorio. Éste, al ver a este joven de apenas veinte años, y al enterarse de su

[11] Es decir, la sucesión de filósofos platonistas habría cesado.

[12] Este Siriano fue en verdad un filósofo de lo más excelente, como podemos convencernos de su comentario sobre la metafísica de Aristóteles. Según Suidas, escribió un comentario sobre la totalidad de Homero en seis libros; sobre la política de Platón, en cuatro libros; y sobre el consentimiento de Orfeo, Pitágoras y Platón, con los Oráculos Caldeos, en diez libros. Desgraciadamente, todo esto se ha perdido, y los pocos liberales se ven así privados de tesoros de sabiduría que sólo otra época filosófica, en alguna revolución lejana, puede producir.

[13] Sócrates, en el sexto libro de la *República* de Platón, dice que de los grandes genios no debe esperarse nada intermedio, sino un gran bien o un gran mal.

ardiente deseo y determinación de dedicarse por entero a la filosofía, quedó encantado con él, hasta el punto de acogerlo urgentemente en sus lecciones de filosofía, aunque a menudo se lo impedía su edad, ya muy avanzada. Con él Proclo leyó el *De Anima* de Aristóteles y el *Fedón* de Platón. Después de comprobar la aptitud del estudiante para las cosas más refinadas, Plutarco lo amó cada vez más, llamaba continuamente a Proclo su hijo y lo recibió en su casa. El gran maestro le exhortó a poner por escrito el texto de sus conversaciones, empleando la ambición del joven como un instrumento, diciéndole que si completaba estas notas la gente diría «¡Es Proclo el autor de estos comentarios sobre Platón!».

Como Plutarco vio a Proclo abstenerse muy rígidamente de comer carne, le aconsejó que no se abstuviera por completo de los animales, para mantener su cuerpo lo suficientemente vigoroso como para llevar a cabo los trabajos y las fatigas. Incluso pidió al filósofo Siriano que apoyara este consejo sobre la dieta, pero éste replicó al anciano, según me informó el propio Proclo: «¡Déjalo aprender lo que yo quiero, siguiendo esta dieta tan rígida; y después, si insiste en ella, que se muera!». Tal era el esmero que Proclo despertaba en sus maestros hacia él.

Tras la llegada de Proclo, el anciano sólo sobrevivió dos años; y, al morir, lo encomendó a su sucesor Siriano con las mismas instancias que a su propio nieto Arquíadas. Siriano acogió a Proclo en su propia casa, le hizo aprovechar al máximo sus lecciones y le hizo partícipe de su modo de vida filosófico, pues había encontrado en él al discípulo y sucesor que tanto tiempo llevaba buscando, alguien capaz de comprender las ciencias en su multiplicidad y diversidad y, al mismo tiempo, de captar las verdades divinas.

13. En menos de dos años leyó, junto con Siriano, todas las obras de Aristóteles, es decir, su lógica, ética, política, física y ciencia teológica. Sólidamente equipado con estos estudios, que por así decirlo, son una especie de iniciación preparatoria o misterios menores[14], Siriano le condujo

[14] La filosofía de Aristóteles, cuando se compara con la disciplina de Platón, es, creo, merecidamente considerada en este lugar como teniendo la relación de los proteleia con los epopteia en los misterios sagrados. Ahora bien, los proteleia, o cosas previas a la perfección, pertenecen a los iniciados y a los místicos; a los primeros sólo se les introducía en algunas ceremonias más ligeras, pero a los místicos se les permitía estar presentes en ciertas cuestiones sagradas preliminares y menores. Por otra parte, los epoptos eran admitidos en

a la sagrada disciplina de Platón, y esto por una progresión ordenada, y no, como dice el Oráculo, «saltando el umbral». Así Siriano condujo a Proclo a la visión directa e inmediata de los misterios realmente divinos contenidos en este filósofo, pues cuando los ojos del alma ya no están oscurecidos como por una niebla, la razón, liberada de la sensación, puede lanzar firmes miradas a lo lejos.

De ahí que Proclo se empleara en un incesante trabajo de día y noche, y en escribir compendiosamente lo que había oído, empleando su propio juicio en la selección y el orden. Y como consecuencia de esta infatigable asiduidad, hizo tan grandes progresos en poco tiempo, que a la edad de veintiocho años compuso una multitud de obras, entre otros un Comentario al Timeo, escrito con suma ciencia y elegancia. A través de estos estudios sus modales también recibieron un mayor ornamento, ya que a medida que avanzaba en la ciencia acumulaba virtud.

14. Además, adquirió virtudes políticas, que derivó de los escritos políticos de Aristóteles, y de las *Leyes* y la *República* de Platón. Sin embargo, ya que estaba impedido de comprometerse en asuntos públicos por estar ocupado en asuntos más importantes, para que la gente no creyese que sus conocimientos eran sólo verbales, y que no hacía ninguna aplicación práctica de ellos, exhortó a Arquíadas, que era un hombre religioso, a la vida política, al mismo tiempo que le instruía en su naturaleza y virtudes, y le explicaba los métodos adecuados que debían observarse en el cumplimiento de sus deberes, actuando como los entrenadores que incitan a los corredores, exhortándole a dirigir los asuntos de toda su ciudad, y al mismo tiempo a prestar servicios a los particulares según todas las virtudes, pero especialmente en conformidad con la justicia. Y, en efecto, consiguió despertar en Arquíadas una noble emulación, le enseñó su propia liberalidad y magnificencia con respecto a las riquezas, haciendo él mismo benefacciones a sus amigos, parientes y conciudadanos, mostrándose en todo

---

el santuario de los grandes ritos sagrados y se convertían en espectadores de los símbolos y de las ceremonias más interiores. Aristóteles parece, en efecto, enemigo en todas partes de la doctrina de las ideas, tal como la entiende Platón, aunque sin duda son las estrellas principales de toda verdadera filosofía. Sin embargo, la gran excelencia de sus obras, consideradas como una introducción a la divina teología de Platón, merece el elogio más ilimitado.

superior a la vanidad de la riqueza, y confiriendo no poco para el bien de los intereses públicos. Y, al morir, legó la parte de sus posesiones que no dejó a Arquíadas, a su propio país y a Atenas. Y Arquíadas se mostró, tanto por su propia naturaleza como por su afecto a Proclo, tan sincero amigo de la religión que incluso nuestros contemporáneos, cuando hablaban de él, lo llamaban con el venerable nombre de «el más piadoso Arquíadas».

15. No obstante, a veces se dedicaba a dar consejos políticos. Asistía a las asambleas públicas, en las que se deliberaba sobre los intereses de la ciudad, proponía resoluciones de una gran sabiduría práctica, conferenciaba con los magistrados sobre asuntos relativos a la justicia, y no sólo les aconsejaba, sino que, con la autoridad de un filósofo, les obligaba a administrar la justicia con imparcialidad.

Velaba por el carácter honorable de los encargados de la educación pública, obligándoles a practicar la templanza en su conducta pública; enseñándoles las virtudes no sólo con discursos, sino también con su propio ejemplo a lo largo de toda su vida; ya que era, por así decirlo, un ejemplo de templanza para los demás.

Incluso hizo gala de un valor político hercúleo. Pues, aunque en aquel tiempo tuvo que capear terribles tempestades que caían sobre él, cuando los tifones desatados eran levantados por vientos adversos contra su recta vida, él se condujo, aunque en peligro, con la mayor gravedad sin dejarse atemorizar ni desanimar.

Un día, en efecto, cuando se encontró objeto de las sospechas y vejaciones de una especie de hombres violentos que eran peligrosos para él mismo[15], obedeciendo a ese Poder divino que inicia las revoluciones en este mundo, abandonó Atenas e hizo un viaje a Asia, donde su residencia le resultó de lo más provechosa. Pues su espíritu guardián [demon] le proporcionó la ocasión de esta partida para que no permaneciera ignorante de las antiguas instituciones religiosas que allí se habían conservado. En efecto, entre los lidios consiguió hacerse una clara concepción de estas doctrinas, mientras que ellos, que habían llegado a descuidar ciertas operaciones litúrgicas, a través de largas vicisitudes, recibieron de él una doctrina más completa, porque el filósofo concebía más perfectamente lo que se refiere a las

[15] Es decir, los cristianos.

divinidades. Y mientras se dedicaba a todas estas ocupaciones, y vivía de manera correspondiente, estaba tan oculto a la multitud que incluso superaba a los pitagóricos, que mantienen con constancia inquebrantable este precepto de su fundador, *λάθε βιώσας,* vivir oculto.

Tras no más de un año de estancia en Lidia regresó a Atenas, bajo la providencial protección de la diosa que preside la filosofía [Atenea].

Así fue como se afianzó en él la virtud del valor; primero por naturaleza, luego por hábito, después por ciencia y luego por esa sabiduría práctica que razona las causas y efectos. Además de esto, demostró de otra manera que sabía poner en práctica su arte político, escribiendo a los nobles de las ciudades, y prestando con sus sugerencias servicio a ciudades enteras, como hizo con los atenienses y los habitantes de Andros, y en otros lugares.

16. Como resultado de estos sentimientos, favoreció el desarrollo de la actividad literaria, ayudando a quienes se dedicaban a tales ocupaciones, reclamando de los magistrados la distribución de una pensión vitalicia, u otras subvenciones adecuadas a sus merecimientos. Pero en tales asuntos no actuaba sin una información completa sobre los detalles, ni con ningún favoritismo; es más, obligaba a aquellos por los que se interesaba tan seriamente a cumplir con celo las aficiones elegidas, interrogándoles y examinando todas las minucias de sus tareas, pues era un excelente juez en todas las cosas. Y si alguna vez encontraba a alguno negligente en su profesión, lo reprendía duramente, de modo que de hecho podía parecer muy irascible, y también muy sensible respecto a la consideración que se le debía, porque estaba dispuesto y era capaz de emitir juicios precisos y certeros en todos los asuntos. Y era ciertamente un amante de la gloria, pero esto no era un defecto en él, como en la mayoría, porque solo ambicionaba la gloria por la virtud y el bien, y es posible que sin la energía inspirada por este sentimiento nada grande pudiera realizarse en este mundo[16].

Sí, reconozco que era irascible, pero al mismo tiempo era afable, pues se apaciguaba fácilmente, y en un abrir y cerrar de ojos su cólera se derretía como la cera. En el mismo momento en que reprendía a alguien, su carácter tierno y comprensivo le llevaba a imponer obligaciones al culpable y a dirigir

[16] Nada grande y excelente subsistiría jamás en la mente humana (T. Taylor).

hacia él los amables oficios del gobierno; siendo movido con una cierta conjunción natural del alma, y, por así decirlo, la simpatía de la pena.

17. Es afortunado que se me haya llevado a mencionar su rasgo de simpatía, que le hizo influir más poderosamente que a ningún otro hombre conocido. No habiendo probado nunca las alegrías de la familia o del matrimonio, —esto es, porque así lo eligió, habiendo recibido muchas proposiciones muy favorables desde el punto de vista del nacimiento y la fortuna— habiendo permanecido, por lo tanto, libre de estos lazos, mostraba tal solicitud por sus alumnos y amigos, e incluso por sus esposas e hijos, que era considerado como un padre común y como la causa de su existencia. Si alguno de sus conocidos caía enfermo, imploraba a los dioses en su favor con ardiente piedad en sacrificios e himnos; después él mismo atendía con prontitud al enfermo, convocaba a los médicos y les instaba sin demora a aplicar su arte, y él mismo sugería algún remedio más eficaz, y así salvaba a muchos enfermos en las crisis más peligrosas.

Y la grandeza de la humanidad de este hombre bendito hacia sus sirvientes más familiares, puede ser entendida por aquellos que lo deseen, de su voluntad. De todas las personas que conocía, a quien más quería era a Arquíadas, y después de él, a los que pertenecían a su familia, especialmente porque pertenecía a la familia del filósofo Plutarco, y después a causa de aquella amistad pitagórica[17] que mantenía con Arquíadas, por haber sido su condiscípulo y maestro; pues de estas dos formas de amistad que tan raramente se registran entre los antiguos, la que les unía parece haber sido la más profunda. Pues no había nada que Arquíadas deseara que Proclo no deseara, y los deseos de Proclo eran los deseos constantes de Arquíadas.

18. Después de haber expuesto las principales clases de virtudes políticas de nuestro filósofo, que son inferiores a las verdaderas, y que están coronadas por la amistad[18], pasemos ahora a las virtudes purificadoras. En efecto, el empleo de estas últimas consiste en purificar el alma, a fin de que, liberada del cuerpo en la medida en que son capaces de lograrlo, pueda considerar

[17] Nada es más celebrado por los antiguos que esa estricta amistad que subsistía entre los pitagóricos. De hecho, la verdadera amistad sólo puede subsistir en las almas, debidamente iluminadas con genuina sabiduría y virtud; porque entonces se convierte en una unión de intelectos, y en consecuencia debe ser inmortal y divina.

[18] Pitágoras, según Damascio, dijo que la amistad era la madre de todas las virtudes políticas.

los asuntos humanos y poseer una cierta semejanza con la divinidad, que es el mejor y más elevado fin del alma. Sin embargo, no todas operan de la misma manera, ni en la misma medida, unas más, otras menos. Aunque hay ciertas purificaciones políticas que dan orden y belleza a los que las poseen, y los hacen mejores, incluso durante su estancia aquí abajo, porque imponen límites y medida a los afectos irascibles, y a los deseos sensuales, y en general actúan para suprimir las pasiones, y las falsas opiniones, las virtudes purificadoras son superiores a ellas, porque producen una separación que es completa, aliviándonos de las cargas de plomo del mundo de la generación, y eliminando los obstáculos para nuestra huida de las cosas de aquí abajo.

Son virtudes que nuestro filósofo practicó durante toda una vida dedicada a la filosofía, con elocuentes lecciones que enseñaban su naturaleza, cómo las adquiere el hombre, y sobre todo conformando su vida a ellas; haciendo todo lo que pudiera contribuir a la separación de su alma, usando tanto oraciones nocturnas como diurnas, lustraciones y otras purificaciones, ya fueran órficas o caldeas; y cada mes se sumergía, con gran diligencia, en el mar, y esto a veces dos o tres veces. Practicó esta disciplina, por ruda que fuera, no sólo en la flor de la vida, sino incluso cuando se acercaba al ocaso de su vida; y así observó, sin fallar nunca, estos austeros hábitos de los que se había hecho, por así decirlo, una ley.

19. En cuanto a los placeres necesarios de la comida y la bebida, hacía uso de ellos con sobriedad, sólo en la medida necesaria para evitar las molestias de la enfermedad; porque él era en esto por mucho el más frugal, y particularmente amaba la abstinencia de alimentos de origen animal, pero si una ceremonia especial le obligaba a hacer uso de ellos, sólo los probaba, por consideración y respeto. Cada mes se purificaba según los ritos dedicados a la Madre de los Dioses [Cibeles] por los romanos, y antes que ellos por los frigios; observaba los días sagrados observados entre los egipcios incluso más estrictamente que ellos mismos; y, además de esto, ayunaba en ciertos días de una manera peculiar, a causa de las posiciones lunares. Durante el primer día del mes lunar[19] permanecía sin comer, ni siquiera la noche anterior, y celebraba la Luna Nueva con gran solemnidad y piedad[20].

[19] Durante el último día del mes lunar según Taylor.

[20] Un moderno genuino considerará sin duda toda la conducta religiosa de Proclo como ridículamente supersticiosa. Y así parece, en efecto, a primera vista; pero quien haya

Y observaba debidamente, con sacrificios, las fiestas más ilustres de casi todas las naciones, según la costumbre de cada país. Y no hizo de ello, como tantos otros, el pretexto de una ociosidad o de un desenfreno alimenticio, sino que, por el contrario, eran ocasiones de reuniones de oración que duraban toda la noche, sin dormir, con cantos, himnos y devociones similares. Prueba de ello es la composición de sus himnos, que contienen homenajes y alabanzas no sólo a los dioses adorados entre los griegos, sino también al dios Marnas de Gaza, a Asclepio Leontoco de Ascalón, a Teandrio, muy venerado entre los árabes, a Isis, que tiene un templo en File, y a todas las demás divinidades. Porque este sentimiento le era muy familiar a este hombre tan religioso, que era propio de un filósofo velar por la salvación no sólo de una ciudad, ni de ciertas naciones solamente, sino que fuera el hierofante de todo el mundo en común. Tales eran los santos y purificadores ejercicios que practicaba, en su austera manera de vivir.

Pero rehusaba, en la medida de lo posible, el dolor físico; y si alguna vez le sobrevenía, lo soportaba con dulzura, y lo disminuía con el fin de que su mejor parte no se viera afectada al mismo tiempo por sus molestias. Y mostró la fortaleza de su alma ante el sufrimiento en su última enfermedad; porque cuando, en ese momento, se vio oprimido y atormentado por los dolores más insoportables, se esforzó al máximo para mitigar y expulsar sus aflictivas invasiones. Por eso, en tales ocasiones, a menudo nos mandaba repetir ciertos himnos, que al ser repetidos le procuraban la remisión y el cese del dolor. Y lo que es aún más sorprendente, recordaba todo lo que había oído leer, a

---

penetrado en las profundidades de la sabiduría antigua, encontrará en ella más de lo que el oído vulgar puede oír. La religión de los paganos ha sido objeto de burla y desprecio durante muchos siglos; sin embargo, el autor de la presente obra no se avergüenza de confesar que es un perfecto converso a ella en todos los aspectos, en la medida en que fue comprendida e ilustrada por los filósofos pitagóricos y platónicos. En efecto, la teología de los antiguos, así como la del vulgo moderno, estaba sin duda llena de absurdos; pero la de los antiguos filósofos parece ser digna de los mayores elogios y del más asiduo cultivo. Sin embargo, las opiniones prevalecientes en la actualidad, prohíben la defensa de un sistema de este tipo, ya que esto debe ser el negocio de una época más ilustrada y filosófica. Además, el autor no olvida el destino de Porfirio, cuyos escritos polémicos fueron suprimidos por los decretos de los emperadores, y cuyos argumentos en defensa de su religión eran tan fútiles y fáciles de resolver que, como nos informa San Jerónimo en su prefacio sobre Daniel, Eusebio le contestó en veinticinco volúmenes y Apolinar en treinta.

pesar de que la debilidad que le había invadido le había hecho perder aparentemente el reconocimiento de las personas que le rodeaban. Pues cuando recitábamos el principio de un himno, recitaba su parte central y su final, sobre todo cuando se trataba de versos órficos; pues eran estos los que entonces recitábamos.

20. No sólo era constante en soportar los males corporales, sino mucho más en los sucesos desafortunados externos, y en los que parecían ocurrir en contra de lo esperado, de modo que ante estos hechos decía: «¡Bueno, así son los accidentes habituales de la vida!». Esta máxima me ha parecido digna de ser conservada, porque da un fuerte testimonio de la fortaleza del alma de nuestro filósofo.

Pero, además de esto, refrenaba la ira en la medida de lo posible, para que, o bien permaneciese libre de toda excitación, o bien, al menos, la razón no consintiese en su complacencia, sino que sólo la facultad irracional, en contra de su voluntad, se excitase moderada y ligeramente. En cuanto a los placeres sexuales, creo que no los admitía más que en un grado imaginativo, y esto sólo muy superficialmente.

21. Así, el alma de este bienaventurado hombre fue recogiéndose y concentrándose, separándose, por decirlo así, de su cuerpo, durante el mismo tiempo en que parecía estar contenida en él. Esta alma poseía la sabiduría, –ya no sólo la sabiduría política que consiste en comportarse bien en el reino de las cosas contingentes, y que pueden parecer otra cosa de lo que son– sino el pensamiento en sí mismo, el pensamiento puro, que consiste en volver a uno mismo, y en negarse a unirse con el cuerpo para adquirir conocimientos conjeturales. Poseía la templanza que consiste en no asociarse con el elemento inferior de nuestro ser, ni siquiera en limitarse a poner límites a nuestras pasiones, sino que está abstraída de toda pasión. Poseía el valor que para ella consiste en no temer la separación del cuerpo. Habiendo obtenido un dominio perfecto de la razón y el intelecto, las facultades inferiores ya no se resistían a la justicia purificadora, y las virtudes impartían a toda su vida una belleza perfecta.

22. Provisto de esta clase de virtudes, sin esfuerzo, y con paso firme progresando constantemente siguiendo el orden de los grados de la iniciación mística, alcanzó las mayores y más elevadas virtudes contemplativas, como llevado de la mano, primero por su afortunada

disposición, luego por una educación fundada en una ciencia profunda. Pues ya estaba purificado y elevado por encima del mundo de la generación y el cambio, despreciando a los vanos portadores del tirso[21] y a los fanfarrones de la sabiduría, penetró felizmente en sus profundos recovecos y disfrutó de la contemplación de los espectáculos verdaderamente benditos que contiene. No requiriendo ya prolijas disertaciones, o demostraciones, con el fin de recoger la ciencia de éstas, sino, con una simple visión y energía del intelecto, contemplando el ejemplar de la mente divina, obtuvo una virtud que no puede con suficiente propiedad llamarse ciencia, sino sabiduría, o algo, si cabe, aún más venerable y divino.

Conformando todas sus acciones a esta virtud, el filósofo no tuvo dificultad en comprender toda la teología de los griegos y bárbaros, incluso aquellas revelaciones que habían sido oscurecidas por las invenciones de los mitos; y éstas las expuso para aquellos que quisieran o pudieran alcanzar su elevación, dando a todas ellas interpretaciones profundamente religiosas, y relatándolas todas en una perfecta armonía.

Los escritos de los autores más antiguos los estudiaba minuciosamente, todo lo que encontró en ellos de genuina sabiduría, y aprobado por el consentimiento general, lo aplicó juiciosamente para su uso; pero lo que parecía carecer de fuerza o valor lo dejaba de lado, tachándolo como vicioso y falso. Lo que, sin embargo, era contrario a los verdaderos principios, lo discutía muy enérgicamente, sometiéndolo a una crítica minuciosa, tratando en sus conferencias cada una de estas teorías con tanta claridad como vigor, y registrando todas sus observaciones en libros.

Sin escatimar esfuerzos se entregaba a su amor por el trabajo, enseñando diariamente cinco períodos, y a veces más, y escribiendo mucho, hasta 700 líneas. Este trabajo tampoco le impedía visitar a otros filósofos, y de nuevo celebrar con ellos conferencias nocturnas, para lo cual se negaba a sí mismo el sueño. Y todas estas ocupaciones las ejecutaba de tal manera que no descuidaba su piedad nocturna y vigilante hacia los dioses, y suplicaba asiduamente al sol cuando salía, cuando estaba en su meridiano y cuando se ponía.

[21] Referencia a Platón, *Fedón* 69c-d, «muchos son los portadores de tirso, pero pocos los bacantes (verdaderos iniciados)». En los misterios de Dionisio, los iniciados llevaban el tirso o varita báquica.

23. Él fue el autor de muchas teorías hasta entonces desconocidas, tanto en la física, como de preocupaciones intelectuales o aún más divinas. Pues fue el primero en afirmar la existencia de una clase de almas[22], dotadas del poder de contemplar muchas formas a la vez, a las que situó acertadamente entre el Intelecto [Nous] como con una intuición que lo comprende todo, y las almas cuyos pensamientos discursivos sólo son capaces de dirigir su visión a una forma particular.

Si quisiéramos, podríamos fácilmente mencionar otras doctrinas formuladas por él, cosa que me he abstenido de hacer, por temor a alargar demasiado este ensayo, sólo es necesario emprender la lectura de sus obras. Quien emprenda este trabajo reconocerá que todo lo que hemos relatado de él es cierto. Aún mejor se habría comprendido esto si uno le hubiera visto, si uno se hubiera deleitado en su presencia, si uno le hubiera oído pronunciar sus conferencias, y le hubiera escuchado pronunciar tan nobles discursos en sus celebraciones anuales de los cumpleaños de Sócrates y Platón. Se notaba perfectamente que era llevado por una inspiración divina cuando hablaba, cuando de esa boca tan sabia fluían en oleadas las palabras, que volaban como copos de nieve. Entonces parecía que sus ojos se llenaban de un resplandeciente esplendor, y por todo su rostro se extendían rayos de una iluminación divina.

Por eso cuando en cierta ocasión un personaje político muy distinguido llamado Rufino, estudioso de la verdad, y en otros aspectos digno de confianza y honorable, escuchaba una de sus conferencias, vio un halo de luz que rodeaba su cabeza. Al terminar, Rufino se levantó y le saludó con respeto, dando fe bajo juramento de la manifestación divina de la que había sido testigo. Fue este mismo Rufino quien ofreció a Proclo una gran suma de dinero a su regreso de Asia, después de sus problemas políticos. Proclo, sin embargo, rechazó la oferta.

24. Volvamos, sin embargo, al tema que habíamos comenzado más arriba. Después de haber relatado acerca de la sabiduría contemplativa del filósofo, aunque de una manera poco adecuada a su dignidad, resta que ahora hablemos de la justicia perteneciente a esta clase de virtudes. No

[22] Véase Proclo *Sobre la Política de Platón,* p. 399. Instit. Theolog. num. 196; y los extractos de Ficino del comentario de Proclo al primer Alcibíades, p. 246. &c.

consiste, como aquellas de las que hemos hablado más arriba, en una pluralidad de partes, ni en el acuerdo mutuo de esas partes, sino en una acción absolutamente propia, que pertenece sólo al alma racional, y que por tanto debe ser definida independientemente por ella misma. Lo peculiar de esta virtud es que su acción se ajusta absolutamente al Intelecto [Nous] y al dios; y ésta fue la característica eminente de la actividad intelectual de nuestro filósofo. Pues apenas descansaba de las fatigas de sus trabajos diarios, y entregaba su cuerpo al sueño, ni siquiera durante esos momentos su pensamiento se abstenía de la meditación y la contemplación. Así, después de haberse sacudido pronto el sueño, como una especie de pereza psíquica, cuando aún no había llegado su hora de oración porque la noche estaba lejos de haber transcurrido, solo, en su lecho, componía himnos, examinaba ciertas teorías y buscaba ideas, que luego ponía por escrito al llegar el día.

25. Poseía la templanza que acompaña a este orden noético de virtudes, consistente en la conversión interna del alma hacia el intelecto, para no dejarse tocar ni sacudir por ninguna otra cosa. En toda su perfección, el valor que lo acompaña fue manifestado por Proclo, que trató de imitar el estado de ausencia de pasión de este principio, que es imperturbable en su esencia real. Y así, a través de toda su conducta, no llevó la vida de un hombre meramente bueno, a la que, como dice Plotino, pueden conducir las virtudes políticas, sino que, despreciando esta misma vida, la cambió por otra, la vida de los dioses; pues Proclo quería parecerse a ellos, y no meramente a hombres virtuosos.

26. Ya poseía y practicaba estas virtudes cuando aún estudiaba con el filósofo Siriano, y estudiaba los tratados de los antiguos filósofos; de labios de su maestro había recibido migajas, por decirlo así, de la teología órfica y caldea, porque se le impidió oír la interpretación completa de su maestro sobre los versos órficos. Pues Siriano dejó a la elección de Proclo y de un tal Domnino, filósofo de la nación siria, la exposición cualquiera de estos escritos. Pero no se pusieron de acuerdo en elegir la misma obra, Domnino prefirió la interpretación de los versos órficos, y Proclo la de los oráculos. Este desacuerdo impidió a Siriano hacer nada, y pronto murió.

Por lo tanto, Proclo sólo había recibido de él los primeros principios, pero se aplicó con la mayor diligencia a los comentarios escritos de Siriano sobre Orfeo, y también las muy numerosas obras de Porfirio y Jámblico sobre los

Oráculos y escritos semejantes de los caldeos. Imbuido así de los Oráculos divinos, alcanzó la más alta de las virtudes que el divino Jámblico ha llamado tan magníficamente «teúrgica».

Así Proclo combinó las interpretaciones de sus predecesores en un compendio que le costó mucho trabajo, y que sometió a la crítica más escrupulosa, e insertó en él las hipótesis más característicamente caldeas, y las más excelentes de los comentarios precedentes escritos sobre los Oráculos divinos. Fue a propósito de este trabajo, que le llevó más de cinco años, cuando se le apareció esta divina visión en sueños. Vio al gran Plutarco acercarse a él, afirmando que viviría tantos años como las tétradas que hubiera compuesto sobre los Oráculos. Tras contarlos, comprobó que eran setenta. El final de su vida prueba que este sueño fue divino; pues, aunque, como hemos dicho antes, vivió cinco años más allá de los setenta, en ellos estuvo muy debilitado. La austeridad demasiado severa, no, excesiva de su regla de vida, sus frecuentes ayunos y otros hábitos ascéticos similares, habían agotado esta constitución que la naturaleza había hecho tan vigorosa; así que después de su septuagésimo año comenzó a decaer de tal manera que ya no podía atender a todos sus deberes. Sin embargo, incluso en este período, y así afectado, compuso oraciones e himnos; también escribió algunas cosas, y conversó con sus amigos; pero su antiguo vigor faltaba en cada uno. Por lo tanto, al recordar el sueño que había tenido, se sorprendía de ello y siempre decía que no había vivido más de setenta años.

A pesar de este gran estado de debilidad, Hegías[23] le indujo a retomar sus lecturas; desde la infancia este joven mostró signos manifiestos de sus virtudes ancestrales, que probaban que pertenecía a la familia de la verdadera cadena dorada, que comenzaba con el antepasado de Platón, Solón; y con celo estudió los escritos de Platón y de los demás teólogos. El anciano le confió sus manuscritos y sintió gran alegría al ver los pasos de

[23] Es posible que fuera bisnieto o tataranieto de Plutarco de Atenas y sucesor de Isidoro de Alejandría como Escolarca de la Academia Platónica, en cualquier caso, tuvo un rol importante en la filosofía, pero negativo, como su sucesor en la dirección de la Academia, Damascio, cuenta: «Nunca habíamos oído que la filosofía fuera tan despreciada en Atenas como la vimos deshonrada en tiempos de Hegías». Damascius, *The philosophical History,* 145 A.

gigante que daba en el avance de todas las ciencias. Y así hemos disertado brevemente sobre el apartado del filósofo en los oráculos caldeos.

27. Un día, mientras leía con él los escritos Órficos, y le oía, en sus comentarios, citar las interpretaciones no sólo de Jámblico y Siriano, sino también de muchos otros hombres divinos que habían explorado las profundidades de la teología, rogué al filósofo que no dejara estos versos divinos sin su explicación. Me respondió que a menudo había planeado emprender esto, pero que se había visto obstaculizado por ciertos sueños de Siriano que le disuadieron de ello con amenazas. No pensando en otro remedio, le sugerí que al menos señalara lo que aprobaba de los libros de su maestro. Tuvo la amabilidad de ceder y escribió algunas notas al principio de estos comentarios de Siriano. Así es como poseemos una colección de todos ellos, y por este medio escolios y comentarios de no poca monta, aunque no consintió en hacer este trabajo sobre la totalidad esa poesía divina y rapsodias órficas.

28. Pero puesto que, como he dicho antes, por sus estudios sobre estos temas, había adquirido una virtud aún mayor y más perfecta, a saber, la teúrgica, superando el escalón de las teoréticas, no contento con cualquiera de las dos propiedades en las preocupaciones divinas, ejercitó el intelecto y el pensamiento sólo en los más excelentes objetos de especulación, pero no sólo dirigió sus pensamientos hacia lo divino, sino que, por una facultad providencial que no era meramente política, se preocupó de las cosas inferiores.

Practicaba las reuniones de oración y las conferencias caldeas, e incluso empleaba el arte de mover las tapas divinas[24]. Creía en estas prácticas, en las respuestas impremeditadas y en otras adivinaciones semejantes, que había aprendido de Asclepigenia, hija de Plutarco, a quien exclusivamente su padre había confiado y enseñado los ritos místicos conservados por Nestorio, y toda la ciencia teúrgica. Además de esto, nuestro filósofo, purificado ordenadamente en las lustraciones caldeas, había presenciado como iniciado

[24] Una referencia a la práctica caldea de la estrofalomancia o el uso de tapas o discos giratorios para la adivinación, asociado a la diosa Hécate.

epóptico[25], las apariciones de Hécate bajo una forma luminosa, como él mismo ha mencionado en un opúsculo especial.

Tenía el poder de producir lluvias activando, en el momento adecuado, cierta esfera hecática[26], y fue capaz de librar a Ática de una terrible sequía. Sabía prever terremotos, había experimentado con el poder adivinatorio del trípode y él mismo había pronunciado versos proféticos sobre su propio destino.

Cuando tenía 40 años, creyó que en sueños había pronunciado los siguientes versos:

En lo alto del éter, con brillante resplandor,
Un puro esplendor inmortal vuela;
Cuyos rayos divinos con vívida fuerza ascienden,
y saltan resonando desde una fuente de fuego.

Y al comienzo de sus 42 años, se le apareció a sí mismo gritando los siguientes versos:

He aquí que en mi alma desciende un fuego sagrado,
Cuyo vívido poder el intelecto extiende;
Desde donde brilla a través de los cuerpos opacos de la noche,
se eleva hacia al éter cubierto de luz estrellada;
Y con suaves murmullos a través de la bóveda azul,
resuenan las lúcidas regiones de los dioses.

[25] «Espectador». Se utiliza en la expresión visión epóptica, que significa visión del futuro o visión profética.

[26] Nicéforo, en su comentario sobre Sinesio *de Insomniis,* p. 562. nos informa, que el orbe hecático, es una esfera de oro, que tiene una piedra de zafiro incluida en su parte media, y a través de toda su extensión, caracteres y diversas figuras. Añade que, girando esta esfera, realizan invocaciones que llaman *Jyngæ.* Así también, según Suidas, el mago Juliano de Caldea, y Arnufis el Egipcio, hicieron caer lluvias, por un poder mágico. Y por un artificio de este tipo, Empédocles estaba acostumbrado a contener la furia de los vientos, por lo que fue llamado *ἀλεξάνεμος,* o un cazador de vientos.

Además, en un sueño había visto claramente que pertenecía a la Cadena Hermética; y, con la autoridad de un sueño, estaba convencido de que la suya era el alma reencarnada del pitagórico Nicómaco[27].

29. En efecto, si quisiera ser prolijo, podría relatar muchas operaciones teúrgicas de este bendito hombre. De entre miles, mencionaré sólo una, que es realmente maravillosa. Un día, Asclepigenia, hija de Arquíadas y [bisnieta de] Plutarco, y [ahora] esposa de nuestro benefactor Teágenes[28], siendo aún pequeña, y siendo criada en casa de sus padres, enfermó de una enfermedad declarada incurable por los médicos. Arquíadas se desesperó, pues la niña era la única esperanza de la familia, y naturalmente profirió angustiosos lamentos. Al verla abandonada por los médicos, el padre, como en las circunstancias más graves de la vida, recurrió a su último recurso y corrió a casa del filósofo, como a la única persona que podía salvarla, y le rogó con urgencia que intercediera con sus oraciones ante el dios por su hija. Éste, llevando consigo al gran lidio Pericles, hombre que bien merecía el nombre de filósofo, corrió al templo de Asclepio para rogar al dios por la salud de la virgen enferma, pues Atenas aún tenía la fortuna de poseerlo y se regocijaba en el templo del dios salvador, que todavía no había sido destruido por los cristianos. Así pues, tan pronto como Proclo hubo rezado a la antigua usanza, la niña percibió un gran cambio y alivio de su enfermedad, pues el dios preservador le devolvió rápidamente la salud. Al terminar los ritos sagrados, Proclo visitó a Asclepigenia, y la encontró liberada de los sufrimientos que la habían asaltado y en perfecto estado de salud. En efecto, había cumplido sus votos y ofrecido sus oraciones a espaldas de todos, para excluir cualquier posibilidad de calumnia malintencionada.

Y la casa en la que residía le ayudó mucho en este propósito. Porque, además de sus otras fortunas, gozaba de una vivienda muy conveniente, que su padre Siriano y su abuelo Plutarco (porque no dudaba en llamarles así)

---

[27] Nicómaco de Gerasa, filósofo pitagórico del siglo I, autor de la obra de gran influencia *Introducción a la aritmética* (Arithmetike eisagoge), un tratado en donde aborda la teoría de números. El tratado se constituyó en manual de base de las escuelas platónicas; fue considerado una autoridad durante diez siglos.

[28] Arconte ateniense y noble Romano en el Senado de Constantinopla, distinguido entre los griegos por su fortuna, la que usaba para ayudar a los desafortunados y gente en necesidad. Damascius, *The philosophical History,* 100 A.

habían habitado una vez; y ésta estaba situada cerca del templo de Asclepio, que Sófocles había inmortalizado, y del templo de Dionisio, al lado del teatro, y a la vista de la Acrópolis.

30. Su elección de la vida filosófica demuestra cuan amado fue por la diosa de la sabiduría [Atenea], que él eligió a través de su persuasión, y con el gran éxito que hemos descrito hasta ahora. Pero ella lo demostró claramente en la siguiente circunstancia. Cuando la estatua de la diosa que había sido erigida en el Partenón desde hacía tanto tiempo, fue removida por aquellos que mueven lo que no debe ser movido [los cristianos]. En un sueño, el filósofo creyó ver acercarse a él a una mujer de gran belleza, que le anunciaba que debía preparar rápidamente su casa «porque la Dama Ateniense desea morar contigo».

En cuan alta estima Asclepio le tenía ya se ha demostrado en la historia que he relatado más arriba, y puede deducirse de su percepción de la presencia del mismo dios en su última enfermedad. Pues estando en un estado semidespierto, vio una serpiente que se arrastraba alrededor de su cabeza, y a partir de este momento se sintió aliviado de su sufrimiento; y tuvo la sensación de que esta aparición le curaría de su enfermedad, pero parecía haber sido refrenada por su ardiente y vehemente deseo por la muerte, y estoy ciertamente seguro de que habría recobrado completamente la salud si hubiera estado dispuesto a recibir los cuidados que exigía su estado.

31. He aquí otro hecho digno de ser recordado, y que no puedo evocar sin lágrimas. Ahora bien, la gota es una enfermedad que se transmite con frecuencia de padres a hijos; y como su padre la había padecido, Proclo siempre había temido que le afligiera a él también; y en mi opinión, sus temores no eran del todo infundados, pues, antes del incidente que voy a relatar, había sentido dolores de esta naturaleza, cuando tuvo lugar otro incidente muy sorprendente. Siguiendo el consejo de cierta persona, se puso una venda en el pie afligido y mientras estaba tendido en su lecho, de repente un gorrión detuvo su vuelo y se la llevó. Este fue un signo divino realmente peónico, y de una naturaleza que debería haberle inspirado confianza para el futuro; pero incluso a pesar de esto no experimentó menos temores de ser visitado más tarde por esta enfermedad. Por lo tanto, suplicó al dios de la curación sobre esto, y le rogó que le proporcionara una señal más evidente al respecto, y después de esto vio en un sueño algo tan audaz, ciertamente,

que tengo que apelar a mi valor para proclamar abiertamente la verdad del asunto, le pareció ver a alguien que regresaba de Epidauro[29], que se inclinó sobre sus piernas y, sin vacilar, mostrando un gesto de tierno afecto, le besó las rodillas. A partir de este día, vivió toda su vida sin inquietud alguna por este tema, y llegó a la vejez sin sentir ni una punzada de este trastorno.

32. El dios que adoran los adrottenos [en Lidia] mostró abiertamente las afinidades de este amigo de los dioses con él. Pues cuando Proclo le visitó, el dios mostró a Proclo su favor apareciéndosele. Como los nativos no se ponían de acuerdo sobre qué dios o dioses residían en este lugar y eran adorados, Proclo tenía dudas al respecto y deseaba aclararse. Apoyándose en numerosos testimonios, algunos suponían que se trataba de un templo de Asclepio; decían que allí se escuchaban voces, que una mesa estaba consagrada a ese dios, y que allí se daban respuestas oraculares relativas a la salud; y los que se acercan son milagrosamente librados de las más graves enfermedades, contra toda esperanza. Otros, por el contrario, pensaban que eran los Dioscuros quienes residían en aquel templo, pues algunas personas creían haber visto en la carretera que conducía a Adrotta a dos jóvenes, de una belleza extrema, montados en caballos de gran velocidad, dirigirse a toda prisa al templo, de modo que, a primera vista, se había creído que eran seres humanos; pero poco después se convencieron de que se trataba realmente de una manifestación divina, porque cuando ellos mismos llegaron al templo e hicieron preguntas, los oficiantes locales les dijeron que allí no se había visto nada, los jinetes se habían desvanecido en el aire.

Proclo, por tanto, no estaba seguro y apenas sabía qué crédito dar a los hechos relatados. Así que rogó a las divinidades locales que le revelaran su verdadero y propio carácter mediante algún testimonio indubitable. En un sueño vio entonces a un dios que se le acercaba y le hablaba claramente, así:

«¿Qué, no oíste a Jámblico decir quiénes eran esas dos personas cuando alabó los nombres de Macaón y Podalirio?[30]».

Entonces la divinidad dio a este santo varón un testimonio de su buena voluntad. Al igual que en el teatro los oradores pronuncian panegíricos de

[29] Epidauro era el centro del culto a Asclepio.
[30] Hijos de Asclepio y héroes de la guerra de Troya.

grandes hombres, el dios se levantó y extendiendo su mano derecha, y en un tono dramático, con gran fuerza pronunció estas palabras (pues repetiré las palabras exactas pronunciadas por la divinidad): «¡Proclo es la gloria de la patria!». ¿Qué mayor prueba del afecto de los dioses por este hombre bendito? Después de haber recibido tan simpáticos testimonios de las divinidades, Proclo rompía a llorar, cada vez que nos recordaba lo que había visto, y las alabanzas divinas pronunciadas sobre él.

33. Pero si tuviera que enumerar todos los hechos de este tipo, e informar de la devoción particular que tenía por Pan, hijo de Hermes, los grandes favores que recibió, y las numerosas veces que fue, en Atenas, salvado por intervención de la divinidad, y relatar en detalle las protecciones y las ventajas que recibió de la Madre de los Dioses, de las que estaba particularmente orgulloso y feliz, tal vez parecería a muchos lectores, ser imprudente en mis afirmaciones, y para otros, el autor de cosas perfectamente increíbles. Porque hubo un número considerable de episodios, que se producían casi a diario, en los que esta diosa [Cibeles] habló o actuó en su favor; y su número y carácter son tan inusuales que yo mismo no tengo su recuerdo exacto y preciso. Si alguien desea saber con qué favor se unió a esta diosa, que lea el libro de Proclo sobre la Madre de los Dioses, del que comprenderá que no fue sin la ayuda divina que sacó a la luz toda la teología de esa diosa; así como todo lo que sobre ella se afirma en las fábulas de Atis, para que los oídos vulgares dejen de perturbarse al percibir las lamentaciones y otras ceremonias oscuras con las que se celebran sus misterios.

34. Después de haber expuesto rápida y superficialmente las acciones y los afortunados resultados de sus virtudes teúrgicas, después de haber demostrado que estaban al mismo nivel que todas sus demás virtudes, y que era un hombre como los mortales no habían visto desde hacía mucho tiempo, queda que ahora llevemos nuestro discurso sobre él a una conclusión. Pues no estamos ahora al principio de nuestra narración, ni nos queda la mitad del todo, según el proverbio, sino que el todo mismo es ahora perfecto y completo. Puesto que hemos partido de la felicidad del filósofo y hemos procedido a su ejemplificación, nuestro discurso vuelve ahora a ella de nuevo. Pues hemos explicado los grandes bienes y los esfuerzos providenciales que los dioses concedieron a este excelentísimo hombre, y

hemos mostrado la pronta atención que prestaron a sus plegarias, las visiones divinas de que gozó y la ayuda y solicitud que los dioses le demostraron. Asimismo, hemos explicado su próspero destino y propicia fortuna, su patria, sus padres, su fuerza y la belleza natural de su cuerpo, sus maestros y amigos, y todas las demás ventajas que, por su grandeza y esplendor, fueron muy superiores a las que se ven entre los demás hombres. Hemos enumerado además las superioridades que debía a su propia voluntad y que no le provenían de una fuente exterior, como la grandeza moral de su alma, resultado de todas sus virtudes. En resumen, hemos expuesto que la actividad de su alma en todos los pasos que dio se ajustó a la virtud perfecta, y que durante una vida perfecta fue colmado de todos los demás bienes humanos y divinos.

35. Pero para que los amantes de estudios más elegantes puedan conjeturar, a partir de la posición de las estrellas bajo las cuales nació, que la condición de su vida no estaba entre las más bajas o medianas en clase, sino que se ubicó entre las órdenes más elevadas y felices, hemos creído conveniente exponer en este lugar la tabla de la posición de los cielos, tal como era en el momento de su nacimiento:

El Sol estaba en Aries, a 16 grados 26 minutos.
La Luna estaba en Géminis, a 17 grados 29 minutos.
Saturno en Tauro, a 24 grados 23 minutos
Júpiter en Tauro, a 24 grados 41 minutos
Marte en Sagitario, a 29 grados 50 minutos
Venus en Piscis, a 23 grados
Mercurio en Acuario a 4 grados 42 minutos
El horóscopo fue tomado en Aries a 8 grados 19 minutos
El meridiano en Capricornio a 4 grados 42 minutos
El ascendente a 24 grados 33 minutos
La Luna Nueva precedente en Acuario a 8 grados 51 minutos.

36. Proclo dejó este mundo en el año 124 desde la ascensión de Juliano al imperio [361 d.c.], el día diecisiete del mes de muniquión, o diecisiete de abril [485 d.c.]. Nicágoras, el menor, era entonces el arconte ateniense. Su cuerpo recibió los honores fúnebres habituales entre los atenienses, como él

mismo había pedido; pues más que ningún otro, este bendito hombre tenía el conocimiento y la práctica de los honores fúnebres debidos a los muertos.

Bajo ninguna circunstancia descuidó las ceremonias acostumbradas, sino que, en fechas anuales fijas, iba a visitar las tumbas de los héroes y filósofos áticos, las de sus amigos y conocidos; cumplía los ritos prescritos por la religión, y no a través de algún otro, sino personalmente. Después de haber cumplido con este piadoso deber hacia cada uno de ellos, se dirigía a la Academia, y en un lugar determinado, mediante votos y oraciones, invocaba a los manes de sus antepasados, uno por uno; y, en otra parte del edificio, hacía libaciones en honor de todos los que habían practicado la filosofía. Después de todo eso, esta santa persona trazaba un tercer espacio distinto y ofrecía un sacrificio a todas las almas de los muertos.

Su cuerpo, vestido y arreglado como he dicho antes, según su propia petición, y llevado por sus amigos, fue enterrado en la parte más oriental de los suburbios, cerca del monte Licabeto, donde también descansa el cuerpo de su maestro Siriano. Por deseo del propio Siriano, expresado a su alumno, Proclo había mandado erigir un doble monumento funerario. Pero después de la muerte de Siriano, Proclo se preguntó si esto no era contrario al respeto y a las buenas costumbres; pero en un sueño vio a Siriano reprochándole y amenazándole por estas preguntas, y le culpó por albergar tales pensamientos. Así que [las cosas quedaron así, y cuando Proclo murió] grabamos en [la parte vacía del doble monumento] un epigrama en cuatro versos, compuesto por él mismo, como sigue:

Yo, Proclo de licia, aquí la deuda de la naturaleza está pagada;
El gran Siriano formó mi temprana juventud,
y me dejó su sucesor en la verdad;
Una tumba común, nuestra parte terrenal contiene;
Un lugar común nuestras almas afines, los campos etéreos.

37. Un año antes de su muerte se produjeron prodigios celestes, como un eclipse solar que provocó la oscuridad nocturna durante el día, pues la oscuridad era tan profunda, que las estrellas se hicieron visibles. Y esto ocurrió en el momento en que el sol se encontraba en el centro oriental de Capricornio. Y además los especialistas que se ocupan de describir el tiempo

observaron que debía producirse otro eclipse exactamente un año después de su muerte. Se dice que estos desórdenes de los cuerpos celestes presagian acontecimientos en la tierra; en cualquier caso, el eclipse nos significó la desaparición de la ilustre luminaria de la filosofía.

38. Los hechos que acabo de relatar sobre nuestro filósofo son suficientes para mí; pero el campo está abierto para quien desee escribir una historia honesta sobre sus discípulos y amigos. Pues muchas personas venían de diferentes países para asistir a sus cursos, algunos sólo para oírle, pero otros fueron firmes adherentes a su doctrina; y, a causa de la filosofía, sus familiares. Un escritor más laborioso que yo podrá hacer la lista general de sus obras, pues mi único propósito ha sido cumplir con un deber impuesto por mi conciencia, y satisfacer mi deuda de piadoso homenaje hacia esta divina persona, y hacia el buen demon a quien había sido asignado. En cuanto a sus escritos, me limitaré a afirmar que siempre prefirió su comentario al Timeo, aunque sentía una gran predilección por su comentario al Teeteto. Y solía decir con frecuencia que si se le otorgara un poder despótico, «sólo preservaría, de todos los escritos de los antiguos, los Oráculos y el Timeo; todos los demás, los haría desaparecer de los ojos de nuestros contemporáneos, pues sólo pueden perjudicar a quienes emprenden su lectura sin cuidado y atención».

ANEXO

CATÁLOGO DE OBRAS DE PROCLO

De acuerdo a la Enciclopedia de Filosofía de Stanford

A. Obras filosóficas sistemáticas.
B. Comentarios a Platón, Aristóteles, Plotino y Porfirio.
C. Física, matemáticas y astronomía.
D. Tradición teológica y teúrgia.
E. Himnos y epigramas.
F. Seudo Proclo.

A. Obras filosóficas sistemáticas.

1. Elementos de teología.
2. Teología de Platón.
3. Diez problemas sobre la providencia.
4. Sobre la providencia, el destino y lo que depende de nosotros.
5. Sobre la existencia de los males.

B. Comentarios a Platón, Aristóteles, Plotino y Porfirio.

1. Sobre Platón.

6. Comentario al Alcibíades (hasta 116b).
7. Comentario al Crátilo (hasta 407c).
8. Comentario al Timeo (hasta 44d).
9. Comentario al Parménides (hasta 142a).
10. Comentario a la República (en diferentes ensayos).

Perdidas.

11. Prolegómenos a la filosofía de Platón.
12. Purificación de las doctrinas de Platón.
13. Comentario al Gorgias.
14. Comentario al Fedón.
15. Comentario al Teeteto.
16. Comentario al Sofista.

17. Comentario al Fedro.
18. Comentario al Simposio (sobre el discurso de Diotima).
19. Comentario al Filebo.
20. Sobre las tres mónadas (en el Filebo).
21. Monografía (gr. monobiblion, Sobre el conocimiento del Uno).
22. Colección de los teoremas matemáticos relacionados con el Timeo.
23. (frag.) Examen de los argumentos de Aristóteles contra el Timeo.
24. (frag.) Sobre las tres pruebas de Platón de la inmortalidad del alma.

2. Sobre Aristóteles (perdidas).

25. Prolegómenos al estudio de Aristóteles (gr. sunanagnôsis).
26-29. Comentario al Organon de Aristóteles: Sobre las categorías, Sobre la interpretación, Sobre la analítica anterior y posterior.

3. Sobre Plotino y Porfirio (perdidas).

30. (frag.) Comentario a las Enéadas de Plotino.
31. Comentario a la Isagoge de Porfirio.

C. Física, Matemáticas y Astronomía.

32. Elementos de física.
33. Comentario a los Elementos de Euclides, Libro I.
34. Exposición de las hipótesis astronómicas.
35. (frag.) Sobre la eternidad del mundo, contra los cristianos (en 18 argumentos).
36. (dud.) Comentario a la Introducción a la Aritmética de Nicómaco.

Perdidas

37. (frag.) Sobre el lugar.
38. (frag.) Carta a Aristocles.
39. (frag.) Sobre la luz.
40. (frag.) Uranodromos.
41. (dud.) Sobre los eclipses.

42. (dud.) Sobre las líneas paralelas.

D. Tradición teológica y teúrgia (perdidas)

43. Sobre la teología de los Órficos.
44. (frag.) Sobre la filosofía caldea.
45. (dud.) Comentario a los versos áureos del pseudo Pitágoras.
46. Sobre la armonía de Orfeo, Pitágoras y Platón con los Oráculos.
47. Comentario sobre la totalidad de Homero.
48. Sobre los dioses de Homero.
49. (frag.) Comentario a los Trabajos y Días de Hesíodo.
50. (frag.) Sobre el sacrificio y la magia (Sobre la teurgia).
51. Sobre los símbolos míticos.
52. Sobre la madre de los dioses.
53. Sobre Hécate.
54. Sobre la elevación [sc. mediante la teúrgia] (gr. peri agôgês).

E. Himnos y epigramas

55. Himnos (solo 7).
56. (dud.) Himno sobre Dios (ô pantôn epekeina).
57. Epigramas.

F. Pseudo Proclo

58. Paráfrasis del Tetrabiblion de Ptolomeo.
59. Comentario al Tetrabiblion de Ptolomeo.
60. Sobre la esfera (lat. De Sphaera).
61. Crestomatía.
62. Sobre el estilo epistolar.

RESEÑA DE LOS ESCRITOS DE PROCLO

Por Thomas Taylor

Himnos. En la biografía anterior se nos informa, por Marino, que Proclo compuso muchos himnos, en los que las divinidades, tanto de los griegos como de los bárbaros, eran celebradas; pero por desgracia sólo se conservan siete. (El primero de los cuales es a Helios, el segundo y el tercero a Afrodita, el cuarto a las Musas, el quinto un himno común a los dioses, el sexto a Cibeles, Hécate y Jano/Zeus, y el séptimo a Atenea). Son ejemplos muy felices de poesía filosófica. De hecho, llevan las marcas más evidentes de una mente llena de luz divina, y agitada con la furia de las Musas; y poseen toda esa elegancia de composición por la que los escritos de Proclo son tan notables.

Elementos de teología. Esta admirable obra contiene doscientas once proposiciones, dispuestas en un orden científico y apoyadas por las más firmes demostraciones. Empiezan por la unidad supraesencial, y proceden gradualmente a través de todas las bellas y maravillosas progresiones de las causas divinas, terminando en las energías automotrices del alma. Poseen toda la exactitud de Euclides y toda la sutileza y sublimidad necesarias para el conocimiento de la teología más profunda, y puede considerarse que guardan la misma relación con la sabiduría pitagórica y platónica que los Elementos de Euclides con la geometría más abstrusa.

Sobre la teología de Platón. Seis libros (al que Thomas Taylor le agregó un séptimo). Un trabajo de lo más divino, en la que el filósofo reúne en un sistema la teología dispersa en los escritos de Platón, y la establece por medio de demostraciones invencibles. Él deduce, en una serie hermosa y conectada, todas las órdenes divinas, de los retiros de la unidad inefable; cada una las conecta por medios apropiados, y, después de conducirnos con la gradación larga de principios, nos trae de nuevo al origen de donde fluyeron, y al cual tienden constantemente. El conjunto es extraordinariamente profundo y abstruso, y hasta la tercera lectura no pude comprender la profundidad que encierra.

Comentario sobre el Timeo de Platón. Una obra admirable, compuesta en la flor de su edad, cuando tenía veintiocho años, según Marino. Este

tesoro inestimable, puede decirse que contiene toda la sabiduría de la más alta antigüedad, pues Proclo cita en todas partes a los más célebres intérpretes del Timeo, como Adrasto el Peripatético; Eliano y Albino, platónicos; Aristocles, Clearco, Crántor, Dercílides; y especialmente Jámblico; así como Longino, a quien refuta a menudo; Numenio el Pitagórico, y Orígenes el Pagano junto con Plotino, Porfirio el Platónico, Ptolomeo, Severo, y Teodoro de Ásine; pero él siempre prefiere las explicaciones de su maestro Siriano, antes que todo el resto. Añádase también que en todas partes concilia los escritos Órficos y los oráculos Caldeos con la teología de Platón. Y con respecto a Orfeo en particular, estamos en deuda con estos sublimes comentarios por la mayor parte de los fragmentos de ese divino poeta. Está perpetuamente en vilo, y se eleva gradualmente en concepciones elevadas, hasta que su mente, como la Discordia de Homero, alcanza los cielos. Su estilo es a la vez nervioso y difuso, preciso y elegante. Nos asombra la magnificencia de sus metáforas, nos deleita con la copiosa variedad de su materia y nos llena de luz divina con las verdades sagradas que despliega. Esta gran obra, sin embargo, desgraciadamente, apenas explica una tercera parte del Timeo; de donde es probable, como bien observa Fabricio, que varios libros se hayan perdido por el daño del tiempo.

Comentario sobre la República de Platón. Estos comentarios, o más bien fragmentos de comentarios, existen en griego, al final de Proclo sobre el Timeo. El propósito principal de esta obra parece ser el desvelamiento de los misterios teológicos ocultos bajo las fábulas de Homero y otros poetas divinos, lo que Proclo ha logrado (en mi opinión) de la manera más maravillosa. Que Homero, en efecto, abunda en todas partes con el aprendizaje egipcio, es obvio para todos; pero pocos están familiarizados con la profunda sabiduría que ocultan sus fábulas. El significado latente de la mayoría de ellas se despliega en esta obra inestimable, aunque incompleta; y aquel cuya mente esté suficientemente iluminada por la filosofía antigua, para comprender la belleza de estas ilustraciones, recibirá un deleite adicional del estudio de Homero, que es imposible expresar.

Comentario sobre el primer Alcibíades de Platón. Por la muestra que da Ficino de esta obra, parece ser, como todos los escritos filosóficos de Proclo, un tesoro de sabiduría de valor incalculable; y, ciertamente, nada deshonra más a una nación que permitir que tales monumentos del saber y la sabiduría

antiguos permanezcan ocultos en las universidades, cubiertos de polvo y nunca consultados.

Comentario sobre el Parménides de Platón. Un comentario, en siete libros; el último de los cuales no fue completado por Proclo, sino por Damascio. De fragmentos ocasionales, que se han publicado de este comentario, parece ser una obra muy divina, y de hecho no puede ser de otra manera, si lo consideramos como la producción de uno de los más grandes filósofos, en el más sublime y profundo de todos los diálogos de Platón. Está dedicado a Asclepiodoto, médico y filósofo.

Dieciocho argumentos contra los cristianos. Estos argumentos en defensa de la eternidad del mundo están (como Fabricio bien observa) directamente en contra de uno de los dogmas cristianos, la creación del mundo. Estos argumentos (excepto el primero, que se ha perdido) se conservan en la respuesta de Filópono, cuya edición griega se publicó en Venecia en 1535, en folio, y en latín a partir de la versión de Joh. Mahatius, en Lyon, 1557. folio. Los argumentos son, en mi opinión, extremadamente sutiles, e incontestables; y Filópono, en su refutación, descubre en todas partes que de ninguna manera ha sondeado la profundidad de nuestro filósofo.

Comentarios a las Enéadas de Plotino. Todo amante de la filosofía platónica debe lamentar profundamente la falta de estos comentarios. Pues la inigualable profundidad y los misterios divinos contenidos en los escritos de Plotino nunca podrían ilustrarse más felizmente que por las irradiaciones de un genio como Proclo.

Sobre la teología de Orfeo. Esta obra es mencionada por Marino, en la Vida precedente, y por Suidas; y su pérdida debe ser particularmente lamentada por todos los amantes de la teología recóndita.

Comentario a todo Homero. Una muestra del gran valor de esta obra puede verse en los comentarios de nuestro filósofo a la República de Platón. Las obras de Homero no sólo son la gran fuente de la poesía, sino también de la filosofía, y no son menos admirables por inspirar la furia de las Musas que por contener los misterios de la teología más recóndita.

Sobre los dioses según Homero. Si esta obra se hubiera conservado, sin duda habríamos recibido una defensa de la religión pagana que habría acallado los clamores ignorantes de sus oponentes.

La sinfonía o concordia de Orfeo, Pitágoras y Platón. Proclo, en sus escritos publicados, es cada vez estudioso de conciliar las doctrinas de estos grandes hombres, y siempre tiene éxito en esta empresa. En efecto, el mismo genio divino parece haber irradiado e inspirado a estos maravillosos héroes, pero de diferentes maneras: en Orfeo fue acompañado con el fuego de las Musas; en Pitágoras brilló a través del misterioso velo de los números; y en Platón, combinando los modos precedentes, fue visto consagrado en la terrible majestad del pensamiento, revestido con las gracias de la dicción poética y resplandeciente luz inefable.

Y hasta aquí la Vida y Escritos de Proclo.

EDICIONES SOL INVICTO